

Archipiélago

CUADERNOS DE CRÍTICA DE LA CULTURA

67

CRISIS DE LA HETEROSEXUALIDAD Y REINVENCIÓN DE LA CONDICIÓN HUMANA

PIERRE BOURDIEU. La dominación masculina revisitada/ **ÓSCAR GUASCH ANDREU.** Género y sexualidad. Una perspectiva social y política/ **ALBERTO MIRA.** La cultura gay ha muerto. Viva la cultura gay/ **ULRICH BECK** y **ELISABETH BECK-GERNSHEIM.** El caos cotidiano del amor/ **ANNE CADORET.** Paternidad homosexual: la construcción de una nueva figura familiar/ **ELISABETH STUART.** Teologías gay y lesbiana/ **ALFREDO MARTÍNEZ.** El poder de la imaginación: literatura española de temática homosexual/ **FERRAN PEREDA.** El cancanero. Comunicación y argot en gays, lesbianas y trans.



© JOSÉ SABOIT

¿SÍ, QUIERO?

DESHOJANDO LA MARGARITA DEL MATRIMONIO HOMOSEXUAL

JOAQUÍN RODRÍGUEZ LÓPEZ. A favor del verdadero matrimonio (artificial)/ **ÁLVARO POMBO.** Llamar al matrimonio por su nombre/ **LUIS ANTONIO DE VILLENA.** Matrimonio y columpio/ **LUISGÉ MARTÍN.** Dadle una oportunidad a la mediocridad.

MANUEL ARRANZ, JAIME ASPIUNZA, AGUSTÍN GARCÍA CALVO, PATXI LANCEROS

Teologías gay y lesbiana

ELISABETH STUART



© JOSÉ SABORIT

Los disturbios de Stonewall de junio de 1969 —causados cuando los clientes de un bar de Nueva York, conocido como un lugar relativamente seguro para personas sexualmente marginadas, ofrecieron resistencia durante una redada rutinaria de la policía y combatieron el hostigamiento durante cuatro días— se han convertido en el inicio mítico y simbólico del movimiento moderno de liberación gay. Se conmemoran todos los años en el mundo occidental y más allá, con celebraciones anuales del Orgullo Gay. Stonewall simboliza la transformación de las personas homosexuales en lesbianas y gays, con su propia voz, subjetividad, comportamiento moral y con derecho a la autodefinición y a la autodeterminación. También simboliza el rechazo a las normas heterosexuales y a la construcción de la homosexualidad como una condición patológica. A partir de Stonewall, lesbianas y gays comienzan a crear su propio espacio cultural público y a exigir igualdad ante la ley, y en la sociedad en su conjunto, en cuanto grupo minoritario estable. En otras palabras, Stonewall representa la creación del yo gay o lésbico. El acto de “salir del armario” pasó a ser el ritual a través del cual hombres y mu-

jeros reclamaban con orgullo una identidad que otros despreciaban, y en el proceso desafiaban y socavaban la construcción moderna del homosexual. Un objetivo clave para los estudios sobre gays y lesbianas que surgieron del movimiento de liberación gay fue la construcción psicológica de la homosexualidad como una enfermedad. La experiencia de las personas gays y lesbianas fue considerada mucho más autorizada que la de los “expertos” heterosexuales. En los primeros años del movimiento de liberación gay, la agenda social era radical e incluía la deconstrucción de los conceptos tradicionales de sexualidad y de género con el fin de permitir el surgimiento de la naturaleza fundamentalmente bisexual de la humanidad y la reconstrucción del sexo como una actividad básicamente placentera antes que reproductiva. No obstante, hacia mediados de la década de 1970 este ideario liberacionista, construido sobre el entendimiento de la naturaleza humana en cuanto fundamentalmente andrógina y polimorfa en sus deseos, había dejado paso de forma preponderante a una identidad basada en un modelo de minoría étnica y en un programa político cuyo fin ya no era el de subvertir el orden social, sino reformarlo a través de la integración.

El movimiento feminista de lesbianas se desarrolló de forma paralela al de la liberación gay, entre las lesbianas que se sentían marginadas tanto en los círculos de liberación gay como en el movimiento feminista. En sus inicios este movimiento compartía gran parte de la visión del movimiento de liberación gay. El lesbianismo tendía a ser entendido no tanto como una orientación sexual, sino como un modo desafiante de ser en un mundo patriarcal. Una de las definiciones más populares de lesbiana era la de una “mujer que se identifica como mujer”, que incluía potencialmente a todas las mujeres. Las feministas lesbianas tendían a buscar solidaridad más en otras mujeres que en hombres gays, ya que se consideraba que éstos estaban involucrados en las estructuras patriarcales tanto como los hombres heterosexuales. El movimiento feminista de lesbianas también cambió su perspectiva en la década de 1970, cuando ambos movimientos se trabaron en unas luchas venenosas por los límites de una identidad lesbiana o gay “adecuada”. Se consideraba importante establecer estos límites, pues, para poder invocar los derechos de ciudadanía basados en un modelo de minoría étnica, era necesario que las personas gays y lesbianas proyectaran una voz cultural coherente. Al mismo tiempo, las lesbianas y los gays negros reclamaban una voz que ponía en duda la noción de un yo unitario para las lesbianas y los gays.

La década de 1970 también presencia el nacimiento del debate entre esencialismo y construccionismo social en los estudios sobre gays y lesbianas. En términos generales, los esencialistas sostienen que la orientación sexual de una persona constituye un hecho objetivo y transcultural. Aunque los esencialistas pueden estar en desa-

NOTAS

1. *Molly houses*: en Inglaterra, los primeros lugares donde los hombres iban a tener relaciones sexuales con otros hombres (N. de la T.).

cuerdo sobre el origen de la orientación sexual (algunos lo atribuyen a la estructura genética, otros al primer encuentro placentero de una persona o a su interacción con sus padres), todos coinciden en que la homosexualidad constituye un fenómeno transcultural y transhistórico. Uno de los valedores más destacados del esencialismo es el historiador católico gay John Boswell, quien pretendió demostrar en sus trabajos históricos que hubo épocas de la Europa premoderna en las que la Iglesia católica fue tolerante con el deseo entre personas del mismo sexo, e incluso lo celebró en la forma de uniones litúrgicas. Resulta fundamental en el programa apologético más amplio de Boswell que existiera por lo menos cierto aire de familia entre las personas gays del siglo xx y quienes expresaban deseo por el mismo sexo en la Europa premoderna.

Sin embargo, los construccionistas sociales sostienen que la orientación sexual depende de la cultura y se halla históricamente condicionada. Algunos afirman que es posible señalar el momento exacto del surgimiento del homosexual en la cultura occidental; otros señalan que, de forma parecida a la categoría de bruja del siglo xvii, los homosexuales reales no existen (ni tampoco heterosexuales), pues ninguno encaja verdaderamente en el guión. Ambos tipos de construccionistas sociales niegan que los homosexuales hayan existido en épocas premodernas. No niegan que hubiera personas que participaran en actividades sexuales con personas del mismo sexo, pero este hecho no las marcaba como una clase especial de persona; su conducta sexual no decía “la verdad” como ocurre, en la actualidad, en la sociedad occidental. Una exploración incluso somera de las culturas contemporáneas no occidentales revela que las diferentes culturas construyen e interpretan el deseo de un modo muy distinto a las culturas norteamericana y europea, lo cual sugiere que la orientación sexual es una construcción social.

Sin duda Michel Foucault fue el defensor más destacado del construccionismo social. Éste cuestionó las dos nociones centrales en las cuales se han basado la teoría post-Ilustración y la teología de la sexualidad. La primera es la noción de una identidad esencial fija, sexual o de otra clase. Foucault abogó por la construcción social de la identidad sexual a través del discurso y la redefinición constante. La segunda señala que el poder es algo que detentan los grupos dominantes, quienes lo utilizan contra los que tienen menos poder como, por ejemplo, las mujeres, los homosexuales o los pobres. Foucault sostuvo que el poder era algo fluido, que estaba presente en todas partes de la sociedad y que podía ser desplegado por cualquier grupo. Allí donde se ejercía poder, siempre existía resistencia que, a su vez, también era una especie de poder. Es Foucault quien data la construcción del homosexual alrededor de 1870, cuando el discurso médico comienza a interpretar la actividad sexual del mismo sexo como evidencia de la identidad particular de una persona.

“Foucault abogó por la construcción social de la identidad sexual a través del discurso y la redefinición constante”

Desde entonces otros han postulado diferentes fechas y causas de la invención de la homosexualidad. Alan Bray la sitúa a finales del siglo XVIII, durante el desarrollo de las *molly houses*¹ en Londres, mientras que otros, como Jeffrey Weeks y John D'Emilio, atribuyen el surgimiento de la homosexualidad a la reestructuración de la familia que tuvo lugar en el siglo XIX como consecuencia del desarrollo del capitalismo, lo que permitió la existencia de las personas fuera de la unidad familiar. El enfoque construccionista social supone no sólo la creación del homosexual, sino también la del heterosexual y de la heterosexualidad, y quizás sea éste el aspecto más radical de la posición construccionista social, pues la homosexualidad ha sido construida como algo anormal, en oposición al carácter natural de la heterosexualidad. El homosexual ha sido definido frente al heterosexual. En el construccionismo social, tanto la homosexualidad como la heterosexualidad se encuentran desnaturalizadas, historizadas y arraigadas en culturas específicas.

Foucault murió en 1984 de sida. El sida fue el gran símbolo y sacramento de la postmodernidad. No sólo debilitó la confianza del ser humano en las grandes metanarrativas de la ciencia, la medicina y el progreso, sino que también puso de manifiesto lo deseperadamente inadecuadas que eran las ideas modernas sobre identidad sexual. Quienes participaban en las campañas a favor del sexo seguro no tardaron en descubrir que los hombres que practicaban sexo con otros hombres no necesariamente se identificaban como gays, y que las categorías de identidad sexual resultaban ser un reflejo pobre de la conducta sexual de las personas. El sida, de forma literal y horrible, simbolizó la muerte del individuo. La respuesta política al sida, así como su percepción pública, unió a grupos que previamente hacían hincapié en sus diferencias: lesbianas, gays, bisexuales y transexuales. Éstos adoptaron una nueva identidad política, llamada *queer*, que desafió y subvirtió las categorías sexuales que informaban los discursos dominantes en torno al sida.

En 1990 se publicaron dos libros, ambos escritos por mujeres profundamente influidas por Foucault. Estos libros anuncian el nacimiento de la teoría *queer*. Eve Kosofsky Sedgwick, en su libro *Epistemología del armario*, analiza los discursos que compiten entre sí en torno a la sexualidad en el pensamiento occidental moderno. Identifica dos grupos de discursos en liza: por un lado, la comprensión esencialista y “minorizadora” de la homosexualidad frente a la comprensión “universalizadora”, que considera el deseo sexual como un espectro que permite la elección, y, por otro, una actitud separatista hacia el género frente a una actitud que celebra la fluidez entre los géneros. El análisis de Sedgwick atrajo la atención hacia el hecho de que la homosexualidad moderna no era una identidad estable y coherente, sino incoherente y contestada.

En su libro *El género en disputa*, Judith Butler se propone explo-

rar las razones por las que el género ha sido un tema tan problemático en el feminismo. Emplea el método de Foucault de crítica genealógica que no se interesa por los orígenes ni por la verdad de las cosas, sino por las razones que motivan que las personas busquen los orígenes y las causas del deseo sexual, y por las implicaciones políticas y los efectos de esta búsqueda. Butler sostiene que el feminismo ha cometido un error fundamental al continuar dando por sentado que existe una identidad de “mujer” estable ligada de algún modo con el cuerpo femenino, que, a su vez, es lo suficientemente estable como para hacer algunas (aunque, quizás, no muchas) generalizaciones. Es una posición paradójica para la mayoría de las feministas, si se tiene en cuenta la antipatía que éstas sienten hacia el enfoque sobre el género que proclama que “la biología es el destino”. Butler intentó cuestionar el vínculo “natural” entre sexo, género y deseo, sosteniendo que el género y el deseo son inestables. De hecho, una de sus afirmaciones más famosas señala que el género no es el reflejo de una naturaleza interior, sino siempre una representación. Aprendemos a ser mujer u hombre siguiendo los guiones de género que nuestra cultura nos entrega, y cada representación reinscribe ese género en nuestros cuerpos. Solamente cuando algunas personas pretenden desechar los guiones o los representan mal o de forma subversiva, se revela la naturaleza no natural del género. Butler sostuvo que la representación paródica del género por parte de las *drag queens* o de las lesbianas *butch* y *femme* demostraba claramente y, al mismo tiempo, trastocaba la relación entre sexo, género y representación. Butler instó a resistirse a los guiones de género que recibimos y a una proliferación de actuaciones subversivas de género; sin embargo, también advirtió la dificultad que entrañaba resistirse a tales guiones, ya que nadie permanece completamente fuera de ellos. Ésta es, entonces, la “esencia” de la teoría *queer*: que no existe una sexualidad o género esencial. De hecho, *queer* no se refiere a otra identidad además de la lesbiana y gay —si bien a veces se utiliza confusamente para expresar una coalición radical entre personas lesbianas, gays, bisexuales y transexuales—, sino a una desestabilización radical de identidades y a la resistencia a la naturalización de cualquier identidad.

La teoría *queer* tiene sus detractores. Algunos afirman que ésta, junto con la teoría postmoderna, lejos de ser el análisis radical y liberador que dice ser, en realidad es conservadora y patriarcal, porque manifiesta poco interés en la realidad de la vida de las personas y elimina con demasiada facilidad las identidades que los grupos marginales han luchado por establecer. Ki Namaste, por ejemplo, acusa a los teóricos *queer* de trivializar las vidas de las personas transexuales al construir su sexualidad sobre la base de un juego de género. No es así como la mayor parte de las personas transexuales entiende su sexualidad ni su lucha política en contra de la violencia

“Ésta es la ‘esencia’ de la teoría queer: que no existe una sexualidad o género esencial”

y la marginación. Como expresaron Susan Wolfe y Julia Penélope: “En cien cortos años, los sexólogos alemanes ‘han hecho aparecer’ a las lesbianas a fin de patologizarnos, y los postestructuralistas franceses nos ‘han hecho desaparecer’ para deconstruir las categorías de sexo y género e ‘interrogar’ al sujeto”. Otros sostienen que la teoría *queer*, si bien tiene sentido en un nivel intelectual, no puede traducirse en una estrategia política efectiva, donde se requiere un esencialismo político. Y otros más afirman que la teoría *queer* resulta inaccesible para los que no están en el mundo académico y que no tiene sus raíces en las comunidades y los conflictos reales. Sin embargo, lo que más preocupa sin duda a estudiosos y activistas lesbianas y gays sobre la teoría *queer* es que parece exigir una renuncia a la identidad lesbiana/gay.

Traducción del inglés de Elizabeth Casals Bufano

* La profesora Elizabeth Stuart fue la primera especialista en teología gay/lesbiana y *queer* que obtuvo una cátedra en el Reino Unido. Es profesora de teología cristiana del King Alfred's College, en Winchester, y autora de numerosas obras sobre teología y sexualidad.

En español la editorial Melusina, a la que agradecemos que nos haya permitido reproducir este fragmento, ha publicado *Teologías gay y lesbiana. Repeticiones con diferencia crítica* (2005).